



## ▶ Nota a propósito del libro de Juan-José Tamayo Acosta, *Dios y Jesús*

▶ Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe

1. La Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, encargada de asistir a los Obispos en su tarea de tutelar y promover la doctrina cristiana, considera necesario hacer algunas aclaraciones sobre la enseñanza contenida en el libro de Don Juan José Tamayo Acosta, *Dios y Jesús*, Colección «Hacia la comunidad» 6, Editorial Trotta, Madrid 2000.

2. Con el deseo de mostrar «lo específico del horizonte religioso de Jesús», el autor realiza su estudio según unos presupuestos metodológicos insuficientes: rechazo frontal de la Tradición de la Iglesia en sus definiciones cristológicas, selección arbitraria –no justificada– de pasajes del Nuevo Testamento con el abandono expreso de otros e interpretación de los mismos según criterios confusos que no se explicitan. La aportación del autor no es sino una versión renovada del antiguo error arriano: negación de la divinidad de Jesucristo, presentación de Jesús como un mero hombre, negación del carácter histórico y real de la resurrección, y de ésta como dato fundamental de la fe cristiana. Las conclusiones a las que llega Don Juan José Tamayo Acosta son incompatibles con la fe católica.

3. Ante la repetida comparecencia de Don Juan José Tamayo Acosta en los Medios de Comunicación, mediante artículos periodísticos, entrevistas y publicaciones, la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe, considera, además, necesario informar de que en la actualidad, el citado autor carece de misión canónica para enseñar teología y no ejerce la docencia en ningún Centro Superior de la Iglesia. Advertimos cómo el autor, en los últimos años, ha seguido en sus publicaciones teológicas y manifestaciones públicas una trayectoria que le aparta de la comunión eclesial, lo cual es incompatible con la condición de *teólogo católico*.

4. Por último, es motivo también de preocupación la «Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII», de la que Don Juan José Tamayo Acosta es Secretario. Recordamos que esta *Asociación* carece de aprobación canónica y no es, por tanto, una asociación de la Iglesia católica.

Madrid, 7 de enero de 2003

### ANEXO

*ACLARACIÓN DOCTRINAL SOBRE EL LIBRO DE JUAN JOSÉ TAMAYO ACOSTA, DIOS Y JESÚS. COLECCIÓN HACIA LA COMUNIDAD 6, ED. TROTTA, MADRID 2000*

1. Don Juan José Tamayo Acosta se propone como objetivos en su libro: mostrar «lo específico del horizonte religioso de Jesús» (p. 9), preguntándose «por la significación de Jesús en la vida de los cristianos y cristianas» (p. 130) y, así, presentar a Jesús como «persona creyente» (pp. 11, 17, 20). Analizando la relación de Jesús con Dios (dimensión religiosa) se pretende, además, descubrir sus implicaciones para su vida ética (dimensión ética). Es cierto que la dimensión ética de Jesús se fundamenta en su dimensión religiosa. Y vale la pena encaminarse en esa dirección para comprender

a Jesucristo, sus actitudes, su mensaje, su obra redentora. «No pocas cristologías consideran irrelevantes dichas relaciones» (p. 10), y por eso, el autor considera que las relaciones entre Dios y Jesús son «la principal aportación del libro al actual panorama cristológico» (ib.).

2. El autor elabora una cristología que respeta muy poco el método teológico. La Escritura es seleccionada con criterios arbitrarios y oscuros, tomando y dejando los textos que le convienen, con el pretexto de ser añadidos o elaboraciones de la comunidad primitiva. El Magisterio de la Iglesia es explícitamente rechazado, apartándose el autor de la doctrina cristológica de los Concilios ecuménicos de Nicea (325) y Calcedonia (451). Queriendo afrontar temas de actualidad, como el feminismo, ecologismo, teología política, etc. en realidad no aporta para éstos la luz que viene de Cristo, puesto que el personaje que presenta no es el Hijo de Dios hecho hombre, tal como nos ha sido revelado y tal como la Iglesia anuncia desde hace dos mil años, sino que se nos presenta un Jesús desfigurado, o mejor, reducido a medida de uno mismo. Así, para el autor, el título *Hijo de Dios*, no es más que una «metáfora de la Teología cristiana» (pp. 35-36). Una vez más, el racionalismo destruye el misterio, y nos conduce necesariamente hacia el ateísmo. Don Juan José Tamayo Acosta prefiere prescindir de los datos fundamentales del NT, y leer la historia del dogma con ojos selectivos y excluyentes de lo que el Espíritu ha ido diciendo a su Iglesia. De esta manera, nos presenta un Jesús que no es el Jesús histórico tal como Él mismo se ha presentado, y reduce su persona, su obra, su misterio y su mensaje al de un mero líder humano. Jesús es presentado como «un hombre normal y corriente» (p. 71), «persona que cree con fe limitada» (p. 45), y tiene «permanentes dudas y crisis de fe» (pp. 12, 19, 73, 81). El autor niega, además, el carácter histórico y real de la resurrección: «la resurrección no es un hecho real, sino una interpretación de lo vivido por los discípulos y discípulas de Jesús después de su muerte» (p. 157); y no se considera ya el dato fundamental de la fe cristiana: «la resurrección de Jesús no constituye el dato decisivo, el núcleo central de la fe cristiana» (p. 174).

3. Esta no es la fe de la Iglesia. Ante todo, la Iglesia confiesa que *Jesús es Hijo de Dios*, en el sentido más fuerte del término, es decir, de la misma naturaleza del Padre. Él mismo es Dios como su Padre. Así nos lo presenta todo el NT, desde la elemental aclamación cúlrica *Maranatha*, que incluye una actitud de adoración a Jesús glorificado, pasando por la adoración a Jesús como Señor (*Kyrios*) —es decir, como Dios, que ha sido exaltado por el Padre en la resurrección y sentado a su derecha, incluso como hombre—, hasta las expresiones del Hijo que aparecen en los Sinópticos, en San Pablo y en San Juan, «imagen de Dios invisible» (Col 1, 15), «resplandor de su gloria e impronta de su substancia» (Hb 1, 3). El NT no hace más que transmitir lo que Jesús ha vivido y ha expresado de múltiples maneras. La explicitación de Nicea (*homoousios*) no fue una reducción de la fe cristiana a terminología griega, sino la traducción inculturada de la fe que nos han transmitido los Apóstoles.

4. Jesús, además, es *Hijo de Dios*, y lo sabe durante su existencia terrena. Esta conciencia aflora continuamente en sus actitudes, en sus gestos, en sus palabras, en sus enseñanzas. Jesús disfruta de esta conciencia, y, sostenido por este gozo, afronta el misterioso camino de la cruz, donde tendrá oportunidad de ofrecerse al Padre en reparación de todos los pecados humanos, muriendo entregado por todos los hombres. De esta manera, ha establecido *con los hombres* una *solidaridad* irrompible, pues «por el misterio de su encarnación se ha unido de alguna manera con cada hombre» (Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 22). El mensaje de Jesús y su obra redentora tienen en esta relación con el Padre su clave interpretativa: «En esto consiste la vida: en que te conozcan a ti [Padre], único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Jn 17, 3).

5. El autor de esta obra silencia estos tres pilares de la experiencia humana de Jesús (condición divina, conciencia de su condición divina y solidaridad redentora con el hombre), reduciéndolo a un líder religioso, a una persona humana piadosa, con sus dudas y vacilaciones, con su fe y su esperanza. Consiguientemente, la obra redentora llevada a cabo, por mucho que se la quiera ensalzar, no pasa de ser la obra de un héroe puramente humano, sin más alcance universal que el de la ejemplaridad en aquellos que le conozcan, sin eficacia interna, sin divinización del hombre, sin fuerza para transformar la historia.

6. En contra de lo sostenido por Don Juan José Tamayo Acosta, el fundamento religioso de la ética de Jesús consiste en que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, persona divina, hecho carne, es decir, plenamente hombre, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado. Y por este misterio de la encarnación se une misteriosamente con cada hombre, haciéndolo verdaderamente hermano.

Su vida ofrecida como sacrificio agradable al Padre es redención para todos los hombres, también para los que no lleguen a conocerle durante la historia humana, porque, roto en la Cruz y glorificado en la resurrección, se ha convertido en canal permanente del Espíritu Santo para todo corazón que se abre a la verdad. Y ese Espíritu Santo, persona divina también como el Padre y el Hijo, trabaja en el interior del corazón humano hasta divinizarlo, y actúa en el entramado de las relaciones sociales hasta instaurar el Reino de Dios, que Jesucristo ha predicado, con el que Él mismo se ha identificado, y que se prolonga en la Iglesia como su Esposa y su Cuerpo.

Madrid, 7 de enero de 2003